

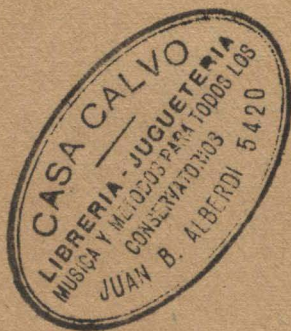
ALADINO

Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA.





00163288



librita

ALADINO

LA LÁMPARA
MARAVILLOSA



EDITORIAL TOR

✓ Río de Janeiro 760

Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- | | |
|--|------------------------------------|
| 1 Pinocho en el teatro de titanes | 61 El niño raptado |
| 2 Blancanieves y los 7 enanitos | 52 Barba Azul |
| 3 Los principes encantados | 53 Tanino el hormiguero |
| 4 La Bella durmiente del bosque | 54 Gulliver en el pais de gigantes |
| 5 Juanfuerte | 55 El tejedor de Segovia |
| 6 Piel de asno | 56 El principe Cododae |
| 7 La princesa y el erizo | 57 La aniguila de los pajaros |
| 8 Ali Babá y los 40 ladrones | 58 La señorita Scuderi |
| 9 La inocente mensajera | 59 Fábulas de Esopo |
| 10 Pinocho en campo de milagros | 60 Constanza |
| 11 El pajarito verde | 61 Nicolás y Nicolasta |
| 12 Pulgarcito | 62 Los rosales de la reina |
| 13 Los maestros cantores | 63 El enfermero del Chacho |
| 14 El rey del rio de Oro | 64 Griselidia |
| 15 Caperucita Roja | 65 Alicia en el pais de maravillas |
| 16 Las tres princesas | 66 Aladino |
| 17 El triunfo del zorro | 67 Genoveva de Brabante |
| 18 Pinocho en la isla de las abejas | 68 La Sirenita |
| 19 La princesa pizarona | 69 Peter Pan |
| 20 Simbad el marino | 70 El nutito loco |
| 21 Canción de Navidad | 71 Hombre que vendió su nombre |
| 22 Un viaje maravilloso | 72 Los tres pelos del diablo |
| 23 El niño que se volvió hormiga | 73 Hansel y Gretel |
| 24 El enano Zacarias | 74 La flor del pantano |
| 25 Pinocho en gruta del monstruo | 75 El buque fantasma |
| 26 El legado del more | 76 La cámara del tesoro |
| 27 El gato con botas | 77 La desobediencia |
| 28 El hada de Granville | 78 El tarro de aceitunas |
| 29 De los Andes a los Andes | 79 El mensajero de la corona |
| 30 Melique | 80 La camisa del hombre feliz |
| 31 El rey Cuervo | 81 La verdad sospechosa |
| 32 Almendrita | 82 La graciosa Emelia |
| 33 Pinocho en el pais de juguetes | 83 El muchacho afortunado |
| 34 El niño perdido | 84 La novia elegida |
| 35 Robin Hood | 85 Las dos estatuas |
| 36 La isla encantada | 86 La botella encantada |
| 37 Pif Paf | 87 El mercader de Venecia |
| 38 La carga liviana | 88 La obligación |
| 39 La alfombra mágica | 89 El favorito ingenuo |
| 40 El pájaro que vola | 90 Los dos ruiseñores |
| 41 La Cenicienta | 91 El ladrón de Bagdad |
| 42 Aventuras del rey Beder | 92 El tambor del regimiento |
| 43 El muchacho y la fortuna, Fáb.
ulas de Samaniego | 93 El pájaro de oro |
| 44 Pinocho en el fondo del mar | 94 El barbero silencioso |
| 45 Gulliver en el pais de enanos | 95 Las tres perlas |
| 46 La bella Dorigen | 96 Gulliver en pais maravilloso |
| 47 Las salamandras azules | 97 El principe impostor |
| 48 Los zuecos maravillosos | 98 El rey en busca de novia |
| 49 Las tres hermanas | 99 El soldadito de plomo |
| 50 Fábulas de Iriarte | 100 El mercader y la favorita |

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



Aladino o la Lámpara Maravillosa

(Cuento árabe)

I

EL MAGO VIAJERO

Un mago procedente de lejanas tierras llegó un día a la ciudad de un reino tributario de China. Se detuvo a observar a unos chicos que jugaban en una plaza y llamó particularmente su atención uno de ellos, que después supo era huérfano de padre y se llamaba Aladino.

Al día siguiente concurrió al mismo sitio y le preguntó al muchacho:

—¿No eres hijo de un sastre llamado Chin-Fu?

—Sí, señor —le contestó—, pero mi padre murió hace tiempo.

El mago entonces lo tomó en sus brazos, lo acarició con ternura y, derramando algunas lágrimas, exclamó:

—Puedes abrazar a tu tío: ¡Yo soy hermano de tu padre! No te extrañe mi llanto. Me aflige la noticia de su muerte, precisamente cuando he hecho un largo viaje por verlo.

Después que el viajero se hubo informado de algunas particularidades de la familia de Aladino, le dió algunas monedas de oro, y le dijo:

—Lleva a tu madre este dinero, y dile que mañana iré a verla.

A la hora indicada llegó el mago acompañado de un mandadero que cargaba una canasta llena de comestibles y botellas de vino.

Mientras comían, le dijo el viajero a su cuñada que no debía causarle extrañeza que no hubiera estado en su casamiento, por cuanto hacía cuarenta años que había salido del país, habiendo viajado por la India, Persia, el Turquestán, Arabia y otras naciones, para llegar finalmente al Africa, de donde ahora procedía. Después prometió ayudar a Aladino, estableciendo una tienda para que se dedicara al comercio de ricas telas.

El mago pasaba todos los días a buscar a su sobrino, al que vistió elegantemente y se lo llevó a pasear por distintos lugares.

Un día en que, después de caminar largo trecho



—¿No eres hijo de un sastre?

por los jardines de las afueras, se sentaron a descansar al pie de una montaña, Aladino le preguntó a dónde iban.

—Te llevaré a un jardín mucho más lindo que todos los que llevas vistos —le dijo.

Después de comer unos pasteles y frutas que el mago llevaba consigo, reanudaron la marcha y llegaron a un valle situado entre dos altas montañas. Aquél era el sitio elegido por el viajero para la ejecución del proyecto que le había hecho venir desde los confines del Africa.

II

EN EL VALLE PRODIGIOSO

—Vas a ver aquí cosas sorprendentes —le dijo el mago a su sobrino—. Junta algunas ramas y yerbas secas para hacer una hoguera.

Aladino obedeció y su tío prendió el fuego, echando después sobre las llamas unas pastillas, mientras pronunciaba ciertas palabras que el muchacho no entendía.

La llama se arremolinó, hubo un leve temblor en la tierra, y en el mismo lugar de la hoguera apareció una losa de jaspe negro que tenía una argolla de oro en su parte central. Aladino se asustó y quiso emprender la fuga, pero, tomándole su tío por un brazo, le dijo:

—No debes temer nada. Debajo de esta piedra hay un tesoro que sólo tú puedes tocar. Cuando lo poseas serás más rico que todos los potentados de



Prometi6 ayudar a Aladino.

la tierra. Pero debes obedecerme y hacer lo que te diga.

Animado por la esperanza de ser tan rico como su tío le decía, Aladino prometi6 obediencia absoluta.

—Levanta esa losa, que yo no puedo tocar —le dijo el mago—, y al agarrar la argolla, pronuncia los nombres de tu padre y de tu abuelo.

Así lo hizo el muchacho, y apareció una escalera que conducía a un subterráneo.

—Baja por aquí —le ordenó el tío—, y al final de la escalera, después de pasar por una puerta, te encontrarás en un sótano abandonado, dividido en tres compartimientos distintos. En cada uno de ellos hay cuatro jarrones de bronce llenos de mone-

das de oro; no vayas a tocarlos. Antes de entrar en el primer compartimiento, recogerás tu vestido, y procurarás no rozar las paredes con tu ropa, pues si lo hicieras, perderías la vida. Pasada la tercera pieza, encontrarás un vergel con árboles cargados de frutas de todas clases. Lo atravesarás sin detenerte, siguiendo un camino que te llevará al pie de una escalera, la que subirás hasta llegar a una plataforma donde verás un nicho y una lámpara encendida colocada en él. Tomarás esa lámpara, la apagarás, arrojando la mecha y el aceite, y te la pondrás en el pecho. Al volver por el vergel, si las frutas te gustan, podrás juntar las que quieras, sin inconveniente.

Dicho esto, el mago se quitó el anillo que llevaba en el dedo y se lo puso a Aladino.

—Este es un talismán —le dijo— que te resolverá cualquier contratiempo, si cumples fielmente lo que acabo de indicarte. Cuando hayas regresado con la lámpara, seremos inmensamente ricos.

III

ENTERRADO VIVO

Bajó la escalera Aladino y encontró las cosas tal como se las había explicado su tío. Dió con la lámpara, cargó con ella, y al volver a pasar por el vergel, se paró a mirar las frutas de los árboles. Las había de colores y formas nunca vistas. Y es que las blancas eran perlas; las transparentes, diamantes; rubíes, las coloradas; zafiros, las amarillas; esmeraldas, las verdes; todas, en fin,



—Levanta esa losa, — le dijo el mago.

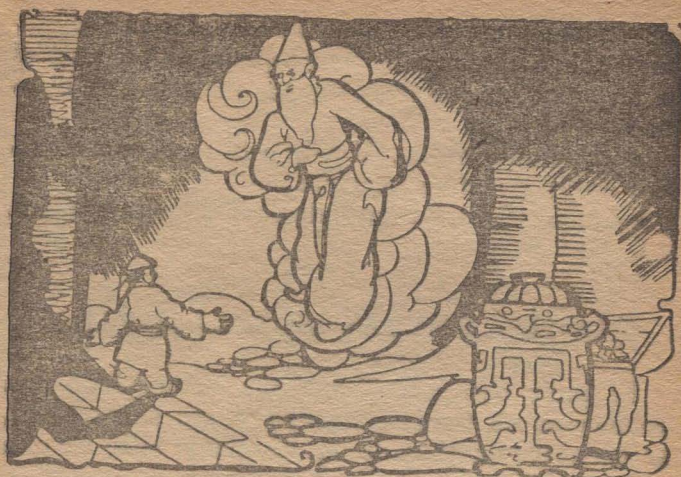
piedras preciosas de diferentes tamaños y especie. Aladino se llenó los bolsillos, de manera que llegó a la entrada del subterráneo repleto de joyas e ignorante del valor que llevaba encima. Apenas asomó la cabeza, le dijo al mago, que lo estaba esperando:

—Ayudadme a salir. Dadme la mano, tío. Abultan tanto las frutas que traigo en los bolsillos, la cintura y el pecho, que no me dejan pasar por una abertura tan estrecha.

El viejo no quiso tenderle la mano sin que antes le diera la lámpara, y el muchacho, que no quería deshacerse de las piedras bonitas que la cubrían, se empeñó en no dársela hasta que hubiera salido.

Entonces el mago se enfureció, echó unas cuantas pastillas en el fuego y pronunció unas palabras. En el acto, la losa que tapaba la entrada del subterráneo se fué a colocar en su sitio, se cubrió de tierra y volvió a quedar el lugar tal como antes estaba.

El mago no era en realidad tío del muchacho, sino un sabio africano que se había dedicado a la magia, descubriendo que en cierta parte de China estaba escondida una lámpara maravillosa construida por el rey de los Genios hacía muchos siglos, la que daría poder y riquezas al que la poseyera. Le estaba prohibido entrar en aquel sitio y tomar la lámpara por sí mismo. Debía hacerlo un joven de quince a veinte años, y éste mismo debía ponérsela en sus manos. Por eso, habiendo encontrado a Aladino y pareciéndole que reunía las condiciones requeridas, lo había elegido para



Vió ante sí un genio de horrible figura.

servirse de él y, una vez obtenida la lámpara, sacrificarlo sin contemplaciones.

Cuando Aladino se encontró encerrado, bajó la escalera, para ver si por el jardín o por la plataforma encontraba la salida. Se quedó aterrado al ver que la puerta que daba entrada a los tres compartimientos estaba cerrada. Llorando amargamente, se sentó al pie de la escalera. Tres días pasó en el mismo sitio, sin comer ni beber. Resignado al fin con su suerte, levantó las manos y exclamó:

—No hay poder superior al de Dios, que es grande y omnipotente.

Debido al gesto con que acompañó su exclamación, tocó la bóveda de la escalera con el anillo del

mago que tenía puesto en un dedo, e inmediatamente, acompañado de un resplandor, vió ante sí a un genio de horrible figura que con voz atrozadora le dijo:

—¿Qué quieres?... Manda a tu esclavo del anillo. Estoy pronto a servirte.

—Quiero que me saques de aquí inmediatamente.

IV

LAS MARAVILLAS DE LA LAMPARA

El genio desapareció y el muchacho sintió una conmoción en todo su cuerpo y, sin saber cómo, se encontró en el valle, en el mismo sitio en que el mago había encendido la hoguera.

Mientras su madre, loca de alegría al volver a encontrar a su hijo, que ya daba por muerto, le servía de comer, éste le contó lo ocurrido y en seguida se fué a dormir.

A la mañana siguiente, cuando, al pedir de comer, su madre le dijo que lo último que tenía se lo había dado el día anterior, Aladino le dijo que vendiera la lámpara que había traído. La buena mujer la tomó y, para que tuviera mejor vista, la quiso limpiar un poco, pero apenas había empezado a frotarla, salió de debajo de la tierra un genio espantoso y colosal que, con voz ronca, preguntó:

—¿Qué quieres? Estoy aquí para servirte a ti y a todos los que tengan la lámpara en la mano.

Al ver aquella horrenda aparición, la pobre mujer cayó sin sentido; pero Aladino, que ya se em-



Al ver aquella aparición, cayó sin sentido.

pezaba a acostumbrar, se apresuró a levantar la lámpara que había rodado por el suelo y le dijo al genio:

—Tengo hambre. Trae comida.

—Está bien, señor.

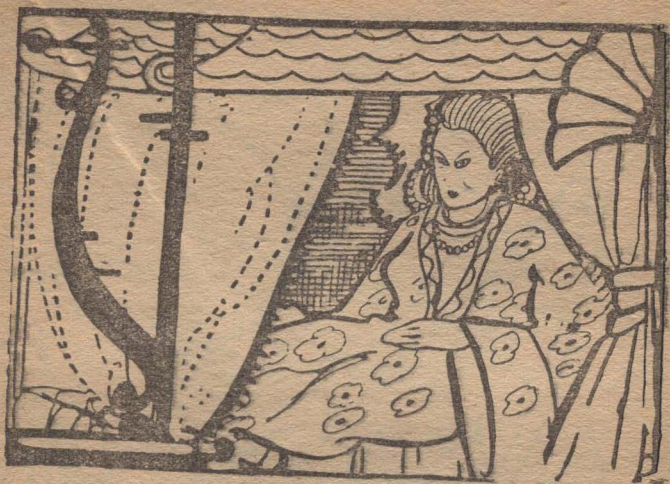
El genio desapareció y volvió inmediatamente con una bandeja llena de ricos manjares, una botella de vino, un pan blanco y fresco. platos, fuentes y salvillas de plata. Lo colocó todo sobre la mesa y desapareció.

V

LA PRINCESA BALDRAMINA

A pesar de que en la lámpara tenía una mina inagotable, Aladino no quiso abusar de su virtud para atesorar riquezas. Aunque se dejaba dominar por la haraganería, no contrajo vicios ni malas costumbres ni volvió a jugar con los chicos de la calle. Al contrario, frecuentaba lugares distinguidos y se hizo de relaciones entre la gente culta, con cuyo roce adquirió conocimientos y buenos modales. Al ver comprar y vender joyas, llegó a la conclusión de que aquellas frutas artificiales que había juntado en el vergel del subterráneo y que tanto él como su madre tenían por pedazos de vidrios de colores y que, como cosas de poco valor, habían guardado en una bolsa que estaba olvidada en un rincón de su cuarto, eran piedras preciosas de precio extraordinario.

Un día oyó pregonar un bando para que los vecinos de las calles por donde debía pasar la

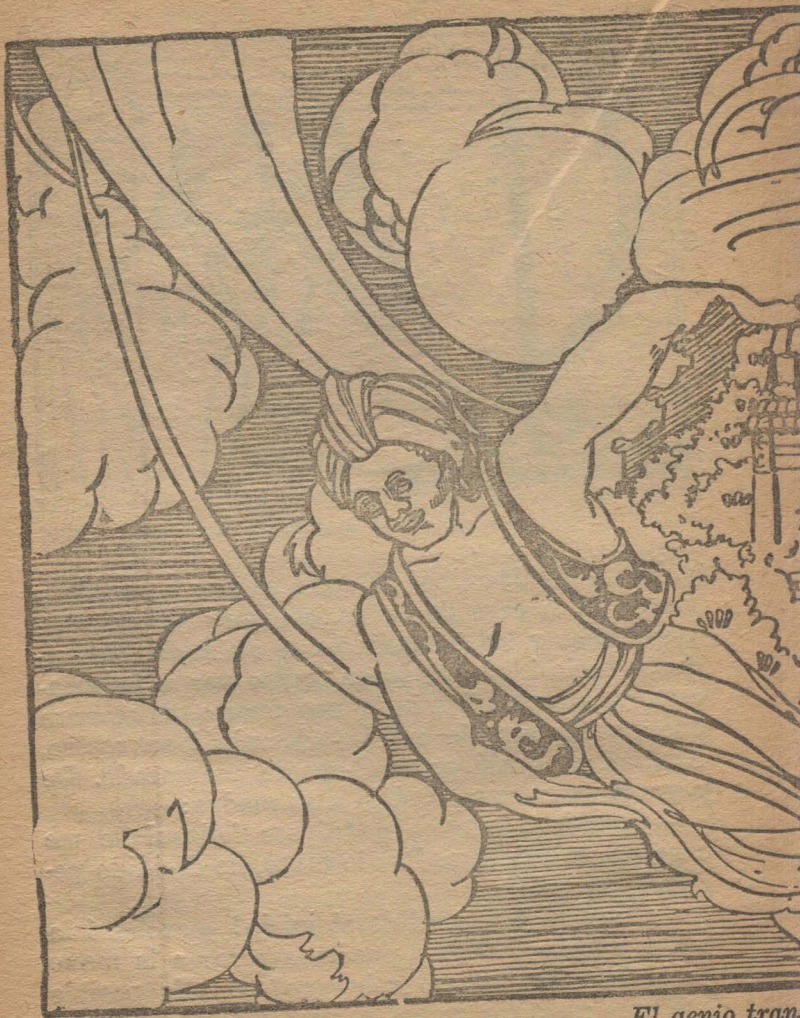


Vió pasar a la princesa.

princesa Baldramina, hija del sultán, a su ida y vuelta de la casa de baños, cerrasen sus puertas y ventanas y los transeúntes se alejaran. Excitada la curiosidad del joven, quiso ver a la princesa, y se ocultó detrás de una puerta, de manera que cuando aquélla entró y descubrió su rostro, Aladino se sintió profundamente enamorado. De regreso en su casa, le dijo a su madre:

—Considero que no podré ser feliz si no me caso con la princesa. Por lo tanto, he decidido pedirselas al sultán.

—¡Pero tú has perdido el juicio! —exclamó la pobre mujer—. ¿Cómo puedes aspirar a la mano de la hija de nuestro soberano?... ¿Es posible que esos malditos genios te hayan trastornado al



El genio tran



ó el palacio al Africa.

extremo de hacerte olvidar que eres hijo de un pobre sastre?

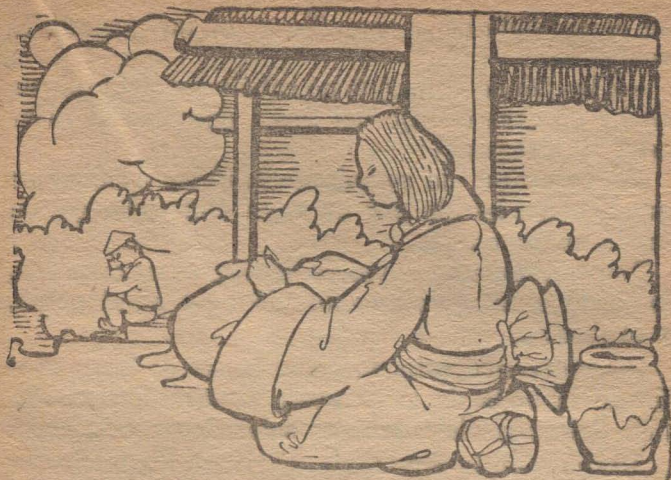
—Si amáis a vuestro hijo —insistió Aladino—, y no queréis verle morir de pena, debéis ir vos misma a presentar mi petición al sultán.

Al ver que el muchacho no desistía de su empeño y no comía ni dormía, consintió la viuda en hacer lo que aquél deseaba. Aladino la abrazó y le dijo:

—Puesto que cuando se va a ver al sultán se acostumbra a ofrecerle algún regalo, le llevaréis las frutas que traje del jardín del subterráneo.

La buena mujer puso las joyas en una sobera, las envolvió en un paño fino, se colocó un vestido nuevo y se fué a palacio muy temprano. Pero, como ignoraba las costumbres oficiales, no había presentado solicitud alguna, de manera que concurría todos los días a las audiencias, se sentaba en un lugar discreto, y esperaba que el soberano la llamara, cosa que no ocurría nunca. Hasta que un día el sultán, cansado de ver a la misma mujer todos los días sentada en el mismo sitio, mandó que se acercara. La madre de Aladino así lo hizo y refirió a su manera cómo su hijo se había enamorado de la princesa. El sultán la escuchó con agrado y le preguntó qué traía en aquel envoltorio.

—Es un pequeño presente que mi hijo envía a vuestra majestad para la princesa —dijo la buena mujer. Y, tomando la sobera que contenía las alhajas, levantó el paño que la cubría y se la presentó al soberano. La sorpresa de éste no tuvo límites. No se cansaba de admirar aquella colección de toda clase de piedras preciosas.



Tú has perdido el juicio — le dijo.

—Vuelve a tu casa —le dijo a la viuda— y dile a tu hijo que acepto el regalo y que dentro de tres meses podrá verificarse la boda.

VI

LAS INTRIGAS DEL GRAN VISIR

Habían transcurrido dos meses durante los cuales a Aladino lo consumía la impaciencia.

Un día su madre salió a hacer compras a un barrio lejano, y le llamó la atención ver que los vecinos estaban adornando los frentes de sus casas.

La buena mujer preguntó a un mercader a qué

se debía semejante regocijo, y el interpelado le contestó:

—¿De dónde venís que no sabéis que esta misma noche se casa el hijo del gran visir con la princesa Baldramina?

Al enterarse de semejante noticia, Aladino se quedó como herido por un rayo. Sin embargo, no tardó en reponerse.

Inmediatamente tomó la lámpara maravillosa, la frotó e inmediatamente vió ante sí al genio, y le dijo:

—Quiero que esta noche, a penas se haya realizado la boda de la princesa Baldramina con el hijo del gran visir, traigas a los dos a esta casa.

Después de la ceremonia de ritual, los novios se trasladaron al pabellón que se les había destinado y, como estaban muy fatigados por el trajín de la fiesta, lo primero que hicieron fué sentarse a descansar en una otomana. Pero apenas lo hubieron hecho sintieron que el asiento se conmovía de manera apenas perceptible y desaparecía del aposento en que estaba, trasladándose a otra parte. Debido a la sorpresa y al temor que semejante fenómeno les provocaba, no atinaron a hacer otra cosa que a sujetarse bien para no caerse. De pronto, sin saber cómo, se encontraron en una habitación humilde y desconocida.

Una vez que el genio hubo depositado a la asustada pareja ante Aladino, le dijo éste:

—Lleva a ese hombre al gallinero, y déjalo allí hasta mañana, que vendrás por él.

Al despuntar el nuevo día, reapareció el genio,



El sultán le preguntó qué traía en el envoltorio.

de acuerdo con lo que Aladino le había mandado, y te dijo:

—Vuelve a poner al hijo del gran visir en esta otomana, y lleva a los novios al sitio de donde los trajiste.

Apenas había colocado el genio la otomana en su lugar, anunciaron a los recién casados la llegada del sultán.

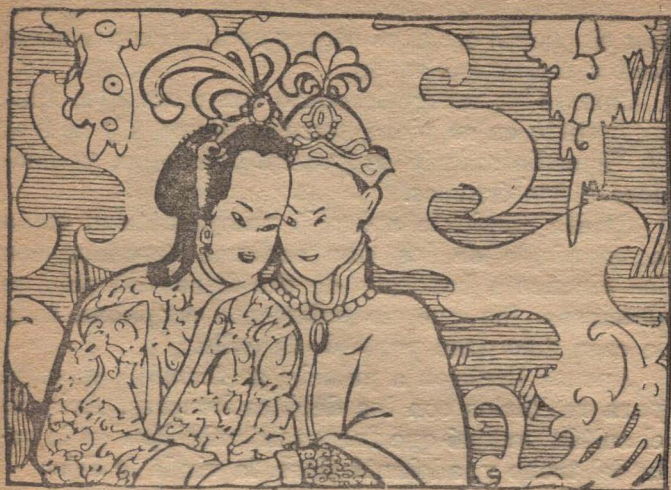
El sultán se acercó a la princesa y se quedó extrañado al verla con el rostro desencajado y el espanto reflejado en sus ojos. Presumiendo que algo terrible le había ocurrido, y para tomar las medidas del caso, fingió un enojo que estaba lejos de sentir, y desenvainando el alfanje, exclamó:

—O me cuentas lo que te ha pasado, o te mato ahora mismo.

Impresionada por la cólera de su padre, la princesa le contó con lágrimas en los ojos lo que le había ocurrido.

El gran visir mandó llamar a su hijo, para lo cual tuvieron que arrancarlo del lecho, donde se había metido huyendo del sultán. Apremiado por su padre, contestó:

—Todo lo que ha dicho la princesa es verdad, a lo cual hay que agregar el mal trato que yo he recibido, pues no sólo he sido arrebatado del lado de mi esposa, sino que he sido llevado a un lugar tan poco agradable como es un gallinero. Por lo tanto, os declaro, padre mío, que, a pesar del honor que supone mi matrimonio con la princesa renuncio a su mano.



Vivió Aladino en completa felicidad.

VII

EL CASAMIENTO DE ALADINO

Transecurridos los tres meses fijados, la madre de Aladino se presentó en palacio y le dijo al soberano:

—Señor, vengo a recordar a vuestra majestad que hoy termina el plazo establecido para resolver la petición que os hice en nombre de mi hijo Aladino.

—Docidle a vuestro hijo que estoy dispuesto a concederle la mano de la princesa, siempre que pueda presentarle como dote cincuenta bandejas de oro llenas de piedras preciosas iguales a las

que me trajisteis, las cuales deben ser conducidas por cincuenta esclavos negros escoltados por otros tantos esclavos blancos.

Cuando su madre le contó esa respuesta, Aladino entró en su pieza, tomó la lámpara y la frotó. Inmediatamente se presentó el genio, poniéndose a sus órdenes.

Al día siguiente apareció nuevamente el genio acompañado de los cien esclavos cargados con las cincuenta bandejas de oro llenas de piedras preciosas, las que no solamente ocupaban toda la casa sino gran parte de la calle.

Apenas llegaron a palacio, se formó la guardia para recibirlos con los debidos honores. Avisado el sultán, mandó que fuesen introducidos en la sala del trono y, adelantándose, la viuda le dijo:

—Vengo a ofrecer a vuestra majestad estos regalos que son el dote que mi hijo trae para la princesa Baldramina. — El soberano se quedó atónito y dijo a la madre de Aladino:

—Podéis ir a anunciar a vuestro hijo que lo estoy esperando impaciente para recibirlo con los brazos abiertos.

Con el corazón lleno de júbilo, la buena mujer llegó a su casa y comunicó a Aladino la respuesta del monarca. El joven llamó al genio y le dió nuevas instrucciones.

Ni bien terminó de hablar, se sintió transportado a un baño delicioso, al salir del cual las mismas invisibles manos lo vistieron con un traje de riqueza indescriptible. Trasladado a su casa, encontró el caballo y los esclavos, palafreneros y pajes que había pedido. Al ver pasar una comitiva



¡Cambio lámparas viejas por nuevas!

tan brillante y a aquel joven tan ricamente vestido, todos tomaban a éste por un príncipe y se prosternaban a su paso.

Cuando Aladino regresó a su casa, tomó la lámpara, la frotó, apareció el genio y le ordenó:

—Me construirás un palacio en un sitio que pueda admirarse desde las ventanas del sultán, con toda clase de dependencias.

Al día siguiente, en un lugar elevado que se veía desde las ventanas del aposento del sultán, había miles de obreros edificando un palacio, más grande y magnífico que el del propio soberano.

VIII

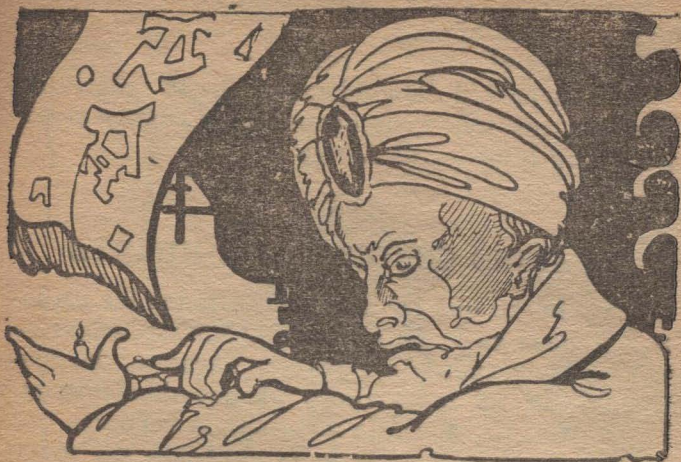
LA VENGANZA DEL MAGO

Durante varios años vivió Aladino en la más completa felicidad. Hasta que un día el mago, al que era deudor involuntario de su encumbramiento, no consolándose de la pérdida sufrida, quiso saber la suerte de aquel muchacho que había tomado de instrumento para lograr sus propósitos.

Inmediatamente se puso en marcha y llegó a la capital donde vivía Aladino. Pensando en la manera de apoderarse de la lámpara, se le ocurrió la idea de mandar hacer algunas muy bonitas y, colocándolas en una canasta, se puso a recorrer las calles, gritando:

—¡Cambio lámparas viejas por lámparas nuevas! ¡Aprovechen, que quedan pocas!

Cuando el mago llegó delante del palacio de Aladino, era tanta la bulla que armaban los que lo se-



Sacó la lámpara y la frotó.

guían, que la princesa quiso saber la razón que la motivaba. Una esclava salió a informarse y regresó, diciendo:

—Si su alteza lo permite, podríamos cambiar una de las lámparas que lleva por otra muy vieja y muy sucia que vi ayer.

Baldramina, por el gusto de reírse del extraño comerciante, accedió a que se hiciera el cambio de la lámpara. Cuando el mago tuvo la de Aladino en su poder, no dudando que se trataba de la que estaba buscando, dejó que la esclava eligiera la que más le gustara y se apresuró a volver a su casa. Se encerró en su cuarto, sacó la lámpara maravillosa, que había guardado en el pecho, la frotó y en el acto vió aparecer el genio, a quien ordenó:

—Manda, que yo y todos los esclavos de la lám para te obedeceremos.

Entonces el mago le ordenó:

—Transportad esta misma noche el palacio de Aladino, con todos sus ocupantes y cuanto encierra en su interior, al Africa

IX

ALADINO CONDENADO A MUERTE

Lo primero que hacía el sultán todas las mañanas, apenas se levantaba, era asomarse a la ventana de su aposento para recrearse en la contemplación del maravilloso palacio donde moraba su hija. Es, pues, de imaginar la sorpresa que recibió el día siguiente de la venganza del mago cuando vió que la grandiosa mansión había desaparecido.

El monarca, sabiendo que su yerno había salido el día anterior de caza, dispuso que lo fueran a detener y lo trajeran cargado de cadenas.

Habiendo subido Aladino al aposento del soberano, se quedó absorto al ver por una de sus ventanas que el palacio, que era su fantástica morada, había desaparecido. Y encarándose con el soberano, le dijo:

—Ignoro tanto como vos dónde está mi palacio y lo que ha sido de mi esposa. Si me permitís hacer las diligencias necesarias, averiguaré su paradero.

—Te doy cuarenta días de plazo —le respondió el sultán—. Si pasado este término, no me presentas sana y salva a mi hija, te mandaré decapitar sin remisión.



La alegría que sintiera fué indescriptible.

X

EN BUSCA DE LA PRINCESA

Apenas salió del palacio, Aladino empezó a recorrer las calles sin rumbo fijo, preguntando a las gentes dónde estaban su palacio y la princesa. Ante la imposibilidad de encontrar lo que buscaba, creyó que no le quedaba más recurso que quitarse la vida. Extenuado como estaba, al tropezar con una piedra, se cayó al suelo, pero instintivamente extendió los brazos para protegerse, y como en uno de los dedos llevaba puesto el anillo que le había entregado el mago, Aladino se encontró en presencia del genio que había conocido en el subterráneo.

—¿Qué quieres? —le dijo éste.

—Genio, transpórtame al sitio donde está mi mansión.

El genio le asió por la cintura y en un abrir y cerrar de ojos dió cumplimiento a la orden recibida. Cuando una de las esclavas de la princesa lo vió, fué corriendo a avisar a la señora. La alegría que uno y otro sintieron al volver a verse fué indescriptible.

XI

LA MUERTE DEL MAGO

Después de haberse vestido en la ciudad con ropa más modesta, Aladino compró ciertas drogas y regresó al palacio.

A la hora en que acostumbraba a visitar a la princesa, llegó el mago y se quedó asombrado ante el cordial recibimiento que ella le hizo.

—Posiblemente os extrañe —le dijo Baldramina— encontrarme hoy distinta. Y es que soy de un carácter contrario a la melancolía y, por lo tanto, he pensado que, ya que está muerto mi esposo y puesto que con mis lágrimas, por abundantes que sean, no resucitará, nada gano con afligirme por un mal que no tiene remedio. He resuelto, por lo tanto, cambiar de vida. Y para celebrarlo, deseo que me acompañéis a la mesa. Pero tengo un capricho, que es el siguiente: nunca probé vino de esta tierra, y desearía hacerlo esta misma noche.

Alegre como un muchacho enamorado, salió el mago del palacio e inmediatamente la princesa echó en una copa elegida, y convenientemente marcada, los polvos que le había dado Aladino y la mostró a la esclava encargada de escanciar la bebida, encargándole que se la llevara y trajese llena de vino al hacerle cierta seña.

No tardó en regresar el mago en compañía de un esclavo que cargaba una canasta con doce botellas del famoso néctar. Inmediatamente ocupó en la mesa su lugar frente a la dueña de casa.

La sierva llenó la copa que contenía los polvos y se la entregó a Baldramina, y luego presentó otra también llena de vino al viejo.

Cambiando, al brindar, las copas entre sí como prueba de cariño, según dijo la princesa, el viejo se la bebió de un trago.

Advertido Aladino por la esclava que servía a la mesa, penetró en seguida en la habitación donde se realizaba el festín y, viendo al viejo tendido

y sin movimiento, rogó a su esposa que se alejara por un momento junto con sus siervas.

Cuando quedó solo, se arrojó sobre el cuerpo inerte del viejo, y rasgándole los vestidos, le sacó la lámpara que llevaba oculta en el pecho. En seguida la frotó y apareció el genio.

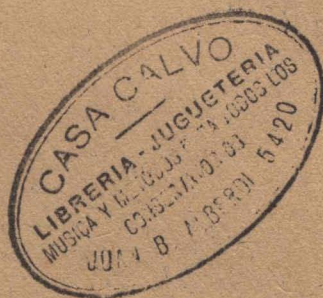
—Quiero —le dijo Aladino— que tú y los esclavos de la lámpara volváis a llevar este palacio, con todas las personas y cosas que contiene, al mismo sitio donde lo mandé construir.

Cuando a la mañana siguiente el sultán, según tenía por costumbre apenas se levantaba, dirigió la vista al sitio de donde había desaparecido su querida hija, creyó estar soñando al volver a ver el edificio.

Ante la convicción de la inocencia de Aladino, sintió el sultán en su interior que había cometido una injusticia al tratar con el rigor con que lo había hecho al bondadoso joven que tenía por yerno. Por eso, encarándose con él, le dijo:

—Solamente el amor que profeso a mi hija y el terrible dolor que me produjo su desaparición, al considerarla perdida para siempre, pudieron cegarme hasta el extremo de cometer contigo un atropello. Te ruego, por lo tanto, que perdones mi arrebató y olvides lo ocurrido.





EDITORIAL
TOR



CENTOS GRANTEN
LA ABEJA
1966